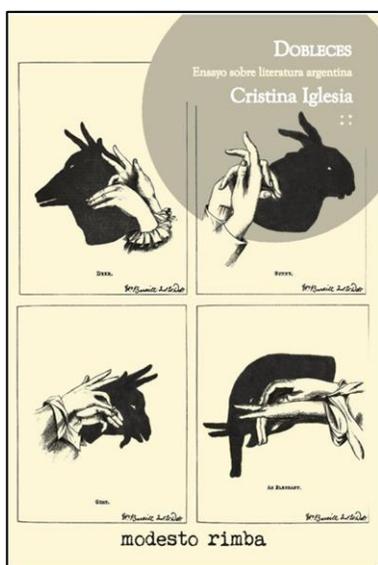

SOBRE *DOBLECES*. *ENSAYO SOBRE LITERATURA ARGENTINA*, DE CRISTINA IGLESIA

Karina Boiola
CONICET
Universidad de Buenos Aires
karina.boiola@gmail.com



∞

Doblecés. Ensayo sobre literatura argentina, de Cristina Iglesia; Buenos Aires: Modesto Rimba, 2018; 296 pp.; ISBN: 978-987-4062-67-3.

Doblecés. Ensayo sobre literatura argentina (2018), de la crítica, docente, investigadora y escritora Cristina Iglesia, propone una serie de itinerarios de lectura que se mueven fluidamente entre el siglo XIX y el XX. Publicados originalmente entre 1993 y 2012, los trabajos que componen el libro —y que fueron reeditados en 2018— inauguran nuevos sentidos, se aventuran en zonas críticas menos transitadas y esbozan diálogos que trascienden las cronologías lineales, que la autora articula a través de su interés por el género biográfico y autobiográfico.



El ensayo toma su nombre del artículo homónimo que da cierre a la obra. Allí Iglesia articula la tesis central de *Inscribir y borrar* de Roger Chartier como guía de sus reflexiones para abordar la literatura de Juan José Saer. Si Chartier, en el libro mencionado, se ocupó de rastrear los intersticios “casi mágicos” entre la obra y su soporte (y la problemática relación, para los primeros letrados de la Modernidad, entre fijar en materiales los recuerdos de la experiencia y borrar aquello que suponían prescindible), Iglesia reconoce que en la literatura de Saer esos dilemas antiguos se vuelven contemporáneos e, incluso, universales. La investigadora se detiene en la imagen de Tomatis y Barco, en el cuento “En la costa reseca”, enterrando para la posteridad una botella que contiene una hoja con la palabra “mensaje” como único mensaje, dispuesta de manera tal que la escritura desaparece bajo sus múltiples dobleces. La hoja vuelve a aparecer en *Glosa*: esta vez, un Tomatis adulto escribe un poema fugaz sobre lo efímero de la vida y se lo entrega – mecanografiado en un papelito y doblado también en numerosas partes– al Matemático, para quien, con el paso del tiempo y las pérdidas del mundo exterior, la hoja adquiere el carácter casi sobrenatural de un talismán.

¿Qué sugiere, entonces, que un libro elabore sus reflexiones sobre la literatura argentina a partir de esta idea del *doblece*? Para Iglesia, la tarea crítica supone que leer es también doblar y desplegar los sentidos que surgen del texto. Es decir, encontrar lo que se esconde en los pliegues de la literatura y, además, a través de ese movimiento, crear algo nuevo (como quien dobla un papel siguiendo determinadas pautas para que de allí surja otra cosa, como sucede con las figuras del origami). Por este motivo, la noción de doblez se entiende aquí no solo por su capacidad de encontrar lo escondido, lo exhibido o lo engañoso subyacente en el pliegue, sino también por su agencia creativa, por la potencia que encierra ese buscar lo que se esconde.

Sylvia Molloy sostiene, en su prólogo a la obra, que *Dobleces* articula una serie de itinerarios de lecturas que “iluminan textos a los que el hábito les niega la oportunidad de ser vistos con ojos nuevos” (7). La autora, en la nota que precede a su ensayo, hace también hincapié en la potencia creadora de un tipo de lectura específica: aquella que se enfoca en los pliegues que habitan la literatura y que supone “volver a empezar, volver a leer como si nunca lo hubiéramos hecho y detenerse todas las veces que la belleza o el horror o lo indecible nos lo impongan” (9). La relectura, desde la perspectiva que organiza la obra, tiene entonces una importancia fundamental. En efecto, Iglesia traza un recorrido por textos, autores y autoras ampliamente leídos y comentados, sobre los que el hábito instaura la costumbre de creer que ya se ha dicho (o se ha escrito) todo. Así desfilan por sus páginas Victoria Ocampo, Juana Manuela Gorriti, Domingo Faustino Sarmiento, Esteban Echeverría, Lucio V. Mansilla, Eduardo Wilde. Y a su vez, figuras menos frecuentadas por la crítica, como la del Fraile Castañeda, quien, en su fervor periodístico rayando el desborde de la locura, en palabras de la autora, “inventó casi todas las formas posibles de la escritura de su siglo y mucho más” (9).

La reedición de los textos que componen el ensayo implica no solo compilar materiales que, hasta el momento, se encontraban dispersos, sino también un modo de intervención en el

presente del campo crítico basado, justamente, en la noción de relectura. Es decir: proponer relecturas para el canon de la literatura argentina a través de la revisión y relectura de la propia obra. Por lo que *Dobleces* representa, además, una declaración de principios de la forma de la crítica literaria que Iglesia elige: una que no solo se desarrolle de manera detectivesca (encontrando los sentidos que ocultan los textos) sino que, también, funcione como hacedora. Por eso, Iglesia esboza la noción de *aventura crítica*, perspectiva que permite devolverle a esa praxis la potencia de la creación, dado que, como sugiere la autora apelando a la etimología de esa palabra, la aventura se sitúa en el futuro, en aquello que está por venir.

Dobleces se abre con un artículo sobre Victoria Ocampo, “Victoria Ocampo: escritura y política”, a quien la autora piensa en contrapunto con otra mujer fulgurante de su época: Eva Perón. Dos mujeres disímiles que tuvieron, para Iglesia, un rasgo en común: la apuesta por lo autobiográfico. Ocampo, quien oculta la escritura de su vida y la vuelve clandestina como estrategia para resguardarse de un presente de malestar (su *Autobiografía* comienza a escribirse en 1952 y se publicará póstumamente); Eva Perón, cuyo libro de intención autobiográfica, por el contrario, trasciende y se vuelve una obra pública de lectura obligatoria. Ocampo, cuya escritura autobiográfica (cuidada celosamente para que no se convierta en objeto público de un presente que no es suyo) la ubica en las fronteras de la literatura y le permite cruzar sus pliegues usando el disfraz de la propia vida para convertirse en autora, narradora y personaje. Eva Perón, una vida potente y fugaz que, a través del juego de publicitar lo autobiográfico, se convierte en una vida que debe ser leída e imitada.

El ensayo continúa con dos textos sobre Juana Manuela Gorriti, “La caja de sorpresas. Notas sobre biografía y autobiografía en Juana Manuela Gorriti” y “Juana Manuela Gorriti: la escritora del desierto”. Al igual que Ocampo, también tuvo una relación de tensiones con el país de origen y con la historia ilustre de su genealogía familiar. Para Iglesia, el itinerario de escritura de Gorriti conjuga de manera exitosa la compleja y riesgosa relación entre biografía y autobiografía, especialmente cuando esa escritora se aboca a escribir la vida del general boliviano Manuel Isidoro Belzú (que fue la figura más controversial de la historia de Bolivia de la primera mitad del siglo XIX y, además, su esposo) y cuando, más tarde, Gorriti elija, en *Lo íntimo*, cubrir ese momento de su vida con un manto de silencio, la ausencia de escritura. La vida ajena y la vida propia se entrecruzan, desde la perspectiva de Iglesia, en una serie de estrategias que Gorriti despliega para consolidar la firmeza de su voz autoral en sus escritos biográficos y autobiográficos, a través de la cuidadosa elección de qué episodios contar, cuáles dejar en las sombras y de qué forma narrarlos. Aún más, Iglesia sugiere, a propósito de la guerra civil que signa tanto el presente de la patria como la vida de la escritora, que Gorriti tiene la habilidad de transformar en ficción aquellos momentos en los que la historia se tiñe de horror. Así, en sus desplazamientos y resignificaciones del conflicto entre unitarios y federales, Gorriti se atreve a otorgarle a la figura de Rosas la capacidad de ser un objeto erótico. La imagen del tirano vampírico –que Gorriti imagina cruel y delirante, pero también delicioso y sensual– anticipa, para Iglesia, el terreno que posibilitará el decadentismo de fin de siglo.

En “Contingencias de la intimidad: reconstrucción epistolar de la familia del exilio rosista”, la autora reconstruye, a través de su análisis de los epistolarios del exilio durante el rosismo, las redes de sociabilidad y las tramas afectivas de ese período. Al respecto, sugiere que los hombres y las mujeres expulsados de su patria apostaron a compensar las derrotas políticas y las pérdidas familiares y materiales con el registro minucioso de lo doméstico. Mientras Mariquita Sánchez de Thompson intentó reponer la cotidianidad perdida solicitando en sus cartas pedacitos de muebles queridos y cosas añoradas que se dejaron atrás a causa del exilio – “la manera femenina de restaurar lo quebradizo del recuerdo” (81), propone Iglesia–, los “hombres de acción” experimentaron y expresaron en sus cartas que la vida doméstica representaba, para ellos, tiempo perdido e imposibilidad de acción política.

En “Matronas comentadoras y doñas escribinistas: la disputa por la inclusión de las mujeres en la segunda década del proceso revolucionario en el Río de la Plata”, Iglesia ensaya una lectura en clave de género que le permite recuperar la figura del Fraile Castañeda y su escritura simultánea y febril de decenas de periódicos, entre los cuales la autora destaca *El Despertador Teofilantrópico* y *La Matrona Comentadora de los cuatro periodistas*. Iglesia postula que, en esas publicaciones periódicas, la feminización de las voces que imagina Castañeda permite la inclusión de las mujeres en la escritura pública y en la cultura política, en un período (el año 1820) en el cual los debates que se iniciaron con la Revolución de Mayo comienzan a estancarse.

En este punto, habría que detenerse en la reflexión que Sylvia Molloy hace sobre la noción de género [gender] en el análisis literario. En “La cuestión del género: preguntas olvidadas y desafíos críticos” (2000), la investigadora sugiere que se trata de una categoría inestable cuya productividad reside en habilitar, en el ejercicio crítico, lecturas “desviadas” dentro de los discursos establecidos. Esta forma de entender la categoría de género que propone Molloy para la crítica es, de modo general, la intención que guía los trabajos de Cristina Iglesia. Por lo que su lectura en clave de género no se agota en el listado y la recuperación de figuras femeninas, sino en habilitar, como sugiere Molloy, lecturas desviadas que la noción de género ilumina a partir del análisis los distintos modos de autofiguración que adopta el sujeto femenino, como sucede en el caso de Castañeda¹.

Más adelante, en “Echeverría: la patria literaria”, Iglesia se detiene en la figura de Juan María Gutiérrez. La autora reflexiona sobre las operaciones críticas que incidieron tanto en la recepción de Esteban Echeverría entre sus contemporáneos como en la organización y fijación de su obra a partir de la publicación, realizada por el mismo Gutiérrez, de las *Obras completas* del escritor. Entre 1870 y 1874, propone, Gutiérrez sentó las bases para la consolidación de un relato

¹ Se trata de un enfoque que Iglesia adoptó tempranamente, tal como lo muestran sus colaboraciones en la revista *Feminaria* en 1993 a propósito de Victoria Ocampo, su compilación de ensayos sobre la figura de Gorriti –*El ajuar de la patria. Ensayos críticos sobre Juana Manuela Gorriti* (1993) – y su participación en el tomo 3 de *Historia de las mujeres* (1992) de Georges Duby y Michelle Perrot con el capítulo “La mujer cautiva: cuerpo, mito y frontera”. Además, Iglesia dirigió el primer proyecto de investigación sobre literatura de mujeres de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en 1990, denominado “Mujeres y escritura. Argentina. Siglo XIX”.

de vida echeverriano que hizo de sus vacíos e incertidumbres una certeza, y trasvasó el contexto político y social del momento a la vida interior del escritor, quien se convirtió, de esta forma, en héroe romántico y en poeta nacional. Esta operación, para la autora, no se limita solamente a la vida de Echeverría, sino que también se expande hacia su obra: “El crítico, así, inventa no solamente un autor que nace patriota, sino una poesía que nace nacional” (124), afirma. Echeverría y Gutiérrez, desde esta óptica, se presentan como los cofundadores de la literatura nacional.

Luego, con “El escritor americano”, Iglesia abre una serie de ensayos sobre la figura de Domingo Faustino Sarmiento. Allí aborda el *Facundo* y la apuesta de su autor por convertirse en el primer gran escritor americano. El deseo ingente de Sarmiento por brindarle a América un libro que corrija los malentendidos europeos en su lectura del continente representa, para Iglesia, un gesto autorreflexivo sobre la escritura americana, que consiste en “la necesidad de fascinar a los europeos, de cuya fascinación el escritor ha sido, primero, víctima, y también, la necesidad de humillarlos, porque ha sido, antes, humillado por ellos” (162). Se trata, desde su perspectiva, de una construcción de la voz del escritor americano que parte desde las orillas: admiración, humillación y articulación de una escritura que se elabora a través de la carencia.

Por su parte, en “Secretarios de la pampa. Apuntes sobre la figura del secretario letrado del caudillo gaucho”, la autora trabaja sobre los secretarios letrados de los caudillos gauchos –la biografía de uno de ellos, el Dr. Ortiz, se trama en las páginas del *Facundo*–, cuya figura, para Iglesia, constituye una “irritante zona de confluencia y de colaboración entre civilización y barbarie” (190). Se trata de una “traición” que permite desestabilizar la rigidez de aquella dicotomía y una tentación a la que el propio Sarmiento sucumbe cuando intenta posicionarse como consejero de Urquiza. Así, el secretario del caudillo se convierte en un traductor permanente entre órdenes que se excluyen pero que también se vuelven permeables entre sí.

Por último, el motivo del viaje es fundamental en los itinerarios de lectura que propone *Dobles*, tema que Iglesia aborda en los trabajos finales del ensayo. La crítica reflexiona, en “Lecturas de viaje. Sarmiento y Fourier entre Europa y América”, sobre el viaje de Sarmiento por Europa, África y América, que el escritor elige relatar a través de cartas. También, en “Mansilla, la aventura del relato”, “El lector ante el umbral de la experiencia: los viajes al oriente de Mansilla” y “Mansilla, el tesoro de las doscientas mil líneas”, Iglesia se detiene en la vasta tradición viajera de Lucio V. Mansilla, que analiza teniendo en cuenta su conocida excursión a los indios ranqueles y el otro extremo de esa experiencia, su viaje a un oriente que construye como exótico y pintoresco. A su vez, en “Eduardo Wilde: la literatura como autopsia del sentimiento”, Iglesia aborda los numerosos viajes de Wilde por el viejo continente y su pregunta cómo puede contar el escritor moderno la antigua Europa, para así desmontar la vulgata que circula sobre ella. El viaje proporciona, entonces, numerosos y variados materiales vitales (movimiento, tránsito, aventura, desplazamiento pero, a su vez, instancia para la reflexión) de los que Sarmiento, Mansilla y Wilde se apropian fluidamente para componer su escritura.

Los trabajos recopilados en *Dobleces* demuestran que para Cristina Iglesia la crítica literaria puede –y debe– convertirse en una aventura. El ensayo propone entonces un camino posible para la tarea crítica, uno en el que la agencia de la relectura cobra una importancia fundamental. Allí radica su aporte más importante: devolverle la vitalidad a textos, figuras y problemáticas a los que el hábito les había negado cualquier posibilidad de nuevos sentidos.

Bibliografía

MOLLOY, Sylvia. 2000. “La cuestión del género: preguntas olvidadas y desafíos críticos”. *Revista Iberoamericana*. Vol. LXVI, N° 193, pp. 815-19.